

Alonso Laredo

Elegía por la muerte de un poeta futuro

I



COMPañADME en el caído llanto de
[mis ojos
hasta que su suprema luz rasgue la noche
donde un cuerpo mortal entró inevitable
hacia la fría muerte. Id conmigo hasta
tocar de frente el extendido velo sin noticia
que apagó unos ojos, hasta sufrir de cerca
la vejez del tiempo innumerable que calló
una voz amada y nos dejó inertes
unas altivas manos puras como el agua.
Llorad conmigo. El llanto es grave.
¿Cómo viniste dulce hermano, silencio triste,
hasta los hondos huesos sin latido? ¿Cómo
el sol se pudo huir cuando apenas pálido
empezaba el claro amanecer a dar su brillo?

II

Llorad conmigo, hermanos de los aires, muchachos
[violentos
del relámpago, haced una cortina grisamarga
desde el alto cielo que acompañe al humo de mis ojos,
una túnica doliente que amortaje
su pequeño cuerpo poseído por la muerte.
Hacedme coro, montes de la nieve, mar supremo,
que vuestros abismos puros sientan
el oscuro peso de la pena y el callado cetro íntimo
de la azul melancolía. El llanto es vivo, hermanos,
su caliente huella quema el mundo, vence
la tiránica alabanza del olvido. Id por lágrimas
a los últimos veneros de la muerte, id por lágrimas.

III

Se le murió su cuerpo lentamente.
Mientras los árboles aún sentían el pesado aliento
del otoño, mientras las hojas derrotadas
apagaban el grito del guijarro, se dormía antiguo
un pecho sin memoria. Le vaciaban los ojos
de su amable mirada, le vaciaban las manos
de su amor sin orillas, le vaciaron su cuerpo
hasta dejarlo roto. ¡Oh ángel sombrío! ¿Dónde

fuieste a abandonar sus huesos? ¿Por qué tocaste con tus sucios dedos sus dolientes párpados cansados? Nadie sintió tu paso de felino olvido, tu feroz sonrisa de enigmática burla, tu pesada visita de silencio. Se nos murió del todo. Se nos hundió sin ruido y nos dejó tan sólo, abandonadamente, el claro camino de su sombra dulce entre la sangre hirviendo.

IV

El ala fría de su frente, como el pasar del viento, nos tocó muy rápida los labios donde un beso taciturno deshojó su húmedo contacto emocionado. ¿Quién nos dijo que aquel cuerpo ausente estuvo alguna vez entre nosotros vivamente en movimiento?

Sus pequeños años se acusaban en el terso rostro reposado, detenido como un agua herida, silencioso como un tristísimo pájaro mudo, muerto como la más lejana noche entre los montes sin caminos. Ahora que no has nacido, condenado al silencio, cuando lloro tu muerte que rasgará los ojos de tu madre;

ahora, muchacho cuyos límites no conozco, siento tu futura muerte herirme el pecho, iluminarme la piel de mis oscuros párpados con llanto sin motivo, pero cuya íntima razón posee el grito trágico de la fatal caída adonde tú y yo vamos sin tiempo.

V

Dejo a la sombra de unos ojos extinguidos
todo el brillar ya muerto de tus manos,
todo el reír nunca escuchado de tu pálida garganta
ahogada por el tiempo. Dejo a la muerte
el peso abandonado de tu cuerpo delgadamente
frío. Desde el pasado oculto, como un brujo herido,
lloro tu muerte hasta parar los años.
¡Id por lágrimas, hijos de la tarde, id por lágrimas!